

CAPÍTULOS
I-X

ALEXANDER

Ester Penas González

I CENTURIÓN

Me asomo a la ventana. Desde mi casa se ve el Coliseo. Lo observo y me pregunto cómo he llegado hasta aquí.

Cuando era niño me gustaba jugar a ser romano, soñar que era romano, un centurión que llevaba a sus legiones a la victoria, a conseguir el honor que codiciaban todos los hombres de los libros de historia y las enciclopedias, de los cuadros de los museos. Mi padre tenía una casa con un amplio jardín victoriano, donde blandir mi espada de madera y correr con las plumas de mi yelmo ondeando al viento era más que un placer. Luchaba contra los árboles, al frente de mis imaginadas tropas de guerreros fornidos y musculosos. Alguna vez intenté convencer a mis hermanas Mary y Catherine para que me acompañasen en mis aventuras, pero no dio resultado. La espada y el escudo pesaban demasiado para sus bracitos blancos y endebles, y los gritos desgarradores al sentir el acero clavándose en la carne ensangrentada del enemigo les producían terror. Ellas se alejaban de mí, ataviado con mi adorado disfraz, y gritaban: *Alexander; ¿cómo puedes jugar a eso tan cruel?, ¿quién es el enemigo? ¡Aquí no hay nadie!*

No me entendían. Cuando me quedaba solo me sentaba bajo un árbol y, arropado por su sombra, le decía a mi amigo vegetal que, si algún día me casaba, lo haría con una mujer a la que no le importase convertirse en romana de vez en cuando. Entonces yo no tenía noción de lo que era una mujer, ni de que las mujeres de la antigüedad no iban a la guerra. Tampoco veía a mis hermanas como lo que eran: dos damas escocesas que no querían manchar de barro sus vestidos de muselina y gasa.

A mi padre le gustaba mi talento guerrero, decía que así era más hombre, más héroe. A mi madre no. Ella era pacífica y no quería que luchase contra las plantas de su muy cuidado jardín. En sus ratos libres, me sentaba en su regazo y me hablaba de reyes santos, arte, música y cosas que tenían relación con la Iglesia. Durante esos sermones, al principio odiados y más tarde bienvenidos, olvidaba mis aspiraciones a oficial romano y me sumía en un proceso ascético influido por la bondad y el amor del que hablaban los labios de mi madre. Ella me quería obispo.

Me solía decir: *Hijo, aprovecha la posición de tu padre y tu buena cabeza para ser líder de esta Iglesia que se derrumba.* Y luego llegaba la escuela. Mis compañeros no compartían mi pasión por los romanos, y mucho menos por los obispos, aunque nunca tuve claro que esto último fuese mi vocación.

Mis armas reposaban los domingos. Un monaguillo no podía vestir de romano en misa. Mi madre, hermana del párroco, había insistido en que yo ocupase el cargo para familiarizarme con los oficios, y yo me imaginaba la eucaristía como la coronación de un gran emperador. El alzamiento de la Sagrada Forma era el de la corona, las palabras en latín y las respuestas de los reunidos, los juramentos, y la comunión era la procesión para arrodillarse y alabar al nuevo monarca.

Después me esperaban los insultos: *beato, santurrón, débil...*, pronunciados por las venenosas lenguas de mis compañeros. Y yo me preguntaba: *¿qué sabrán ellos de Carlomagno? ¿qué sabrán de Augusto y Adriano? ¿qué sabrán de Dios?*

II ¿POR QUÉ LAS MOSCAS SE FROTAN LAS PATITAS?

Estamos en la cama (descansando). Yo la miro, me pregunto en qué piensa y se me ocurre interrumpirla:

-Francesca, amor, ¿por qué las moscas se frotan las patitas?

-Nunca lo he sabido realmente- no se extraña de que se lo haya preguntado. Nuestras conversaciones nunca han sido normales- ¿Tú qué crees?

Me encojo de hombros y me levanto. Desde la ventana se ve el Coliseo, magno, ausente, intemporal. Y me pregunto cómo he llegado hasta allí.

De niño se me ocurrían cosas raras, aunque eso siempre me ha pasado. En la escuela había un maestro, un hombre joven recién llegado de la ciudad que aún conservaba el bigote y la barba rasurados al gusto burgués. Resulta que el maestro pegaba unas palizas fenomenales, pero a mí no. Solo un día lo recuerdo enfadado: aquel en que osé preguntarle por qué las moscas se frotan las patitas, cuestión que me había planteado mi hermana y que yo no había sabido responder. Y yo, que pensé desde que tenía uso de razón que era, sin más ni menos, para atraer partículas al generar una leve corriente electrostática, expuse mis argumentos. Otros hubieran recurrido a explicaciones más simples: comunicación, cuestiones de limpieza..., y yo, sin embargo, basé mi duda en una ciencia casi recién descubierta. Dentro de lo que cabe, anormalidades mías.

A mis cinco años nos habíamos trasladado de Scone, donde nació el 14 de abril de 1906, a Argyl, donde vivían mis abuelos. Cuando llegaba el invierno solo comíamos potaje de garbanzos, poco apetecible tras meses como único alimento. Un día encontré cuarenta peniques en la mesilla de noche de mi abuela. Fue mi pensamiento fugaz. Y, ya dando muestras de mis aficiones me compré un cuento ilustrado. No sabía leer, pero los dibujos eran excitantes. Ya no recuerdo si mi primera contribución al crecimiento económico escocés me costó unos azotes. Creo que causó risa.

En 1912 las malas relaciones entre mi madre y mi abuelo (un retrógrado cuyas últimas palabras fueron: *No lloréis por mí; ya querríais haber vivido como yo, toda la vida sin hacer nada...*) fue el detonante para un nuevo cambio de hogar, Melrose. En la región de Rosburgshire, el pueblo se emplazaba desorganizado en torno a una escalofriante abadía en ruinas. Los ricos se alumbraban con velas y los pobres con candiles. Allí me llevaron a la escuela. No me gustaba, pero sabía leer y escribir, así que, como el maestro tenía uno menos al que enseñar, me consideraron buen estudiante. Hoy entiendo que por eso no me pegó como al resto de mis compañeros, además de por ser buen chico. Mi defecto y compañera incondicional era la timidez. Mis compañeros me habrían marginado si no hubiese sido el más alto. Les inspiraba respeto. Las personas altas imponen.

Esa misma sensación tuve cuando conocí a mi mujer. Ella nos sacaba cinco centímetros a todos. No la recuerdo sin tacones, pero creo que habría causado la misma reacción en mí.

III EL FLEQUILLO

Francesca y yo caminábamos sin cogernos del brazo por la calle, vestidos de negro riguroso, cuando una mujer extranjera de aspecto monjil pero muy arreglada, joven, nos detuvo. Yo no sabía de lo que se trataba, pero mi mujer lo supo al instante. La joven, de sonrisa angelical, nos preguntó:

-Disculpen, señores, ¿me dejarían darles una información?

¿Información?, pensé yo, ¿de qué narices habla esta señorita? Pero Francesca, veloz, arqueó las cejas y respondió:

-Si no practico mi religión, que es la verdadera, no voy a creer en la suya.

Nos alejamos, abandonando a la Testigo de Jehová, cuyo gesto se tornó desencajado.

Ni Francesca ni yo estábamos de humor. Comenzamos a ver a gente conocida al rodear la Plaza de Manuel Becerra. Los familiares de la difunta se reunían en corros heterogéneos alrededor de la iglesia de Covadonga. Anna Dommenica, la madre de Francesca, fue la primera que nos saludó. Su hermana iba de su brazo, llorosa, pálida y embarazada de pocos meses. Su marido apareció junto a Fabrizzio, mi suegro, pero no parecía afectado por la muerte de su hija. Ya le había conocido en el cumpleaños de mi suegra, y me pareció un niño inmaduro encerrado en el cuerpo de un banquero cincuentón, frívolo y sobrado de dinero. Llevaba de la mano a su segunda hija, Sibila. La timidez de la niña me recordó a mí.

Quando era niño llevaba flequillo, a la moda, como las mesas redondas auxiliares de las que cuelgan manteles historiados con flecos dorados anudados con lazos, pero no me planteé si el corte de pelo me gustaba o me disgustaba hasta que una mañana, en casa, mi madre se dejó la caja de costura abierta, y yo, curioso por naturaleza, me puse a jugar con ella con la mala pata de cortarme un trozo de mi muy cuidado cabello con las tijeras, de forma que me quedó una especie de M cubriéndome la frente, de la que todos se burlaron durante meses.

Mi cabeza fue desde aquella poda un huerto fértil del que brotaban conocimientos, libros y saberes vitales asombrosos para mi edad. Y mi madre, supongo, se sentiría orgullosa. Decía que se necesitaban curas con esa clase de dotes. Pero a mí no me terminaba de convencer. La Iglesia y los libros me parecían incompatibles, aunque no lo fuesen en absoluto. La primera la comparaba con unas botas de cuero, bonitas, nuevas, útiles, duraderas. Y la literatura, mi refugio, mi pequeña afición vocacional, eran para mí unas botas de tela sin ningún lujo ni particularidad. ¿Por qué entonces no me quedaba con las de cuero? La explicación se presentaba simple: las botas buenas eran de una talla diferente a la mía, quién sabe si grande o pequeña, pero me resultaban incómodas para caminar, y las de tela, aunque austeras y corrientes, eran cómodas y de mi medida. Y creí yo entonces que la vida estaba hecha para moverse y no para quedarse quieto, porque es mejor que se admire lo andado de uno que el lujo y el valor de su calzado.

¡Qué ambiente tan brumoso había en Escocia entonces! Los inviernos pasaban nocturnos y los veranos poblados de luminosidad, excesiva incluso, y con un sol muy tímido que, para que supiéramos que no había muerto, asomaba algún rato de cuando en cuando. Al detenerme y contemplar el cielo se veían pasar las nubes, deprisa, impacientes por llegar a su destino indefinido. Me recordaba a la época del rey Arturo y los Celtas. Tampoco había cambiado tanto mi país: los caminos aún eran de tierra y las formas de labrar rudimentarias, al menos ante la imaginación desbordante y fuerte de un niño, como la mía.

IV UN TAL SEÑOR

Francesca olía a navidad: medias nuevas y armario antiguo. Vestía una falda, botas altas de cuero y jersey y leotardos grises. Lleveba el pelo, negro y rizado, suelto sobre los hombros, y sus ojos azules estaban ocultos tras unas gafas de montura de color oscuro metalizado. Dejó su chaquetón sobre una silla y se acercó al niño con desconfianza, con recelo. Sonrió con un gesto forzado y austero mientras yo permanecía apoyado en el marco de la puerta, observando. Ese niño iba a ser nuestro ahijado. Mientras mi mujer miraba a la criatura sin saber muy bien qué hacer llegó su hermana. Nos dimos dos besos y la abracé. Parecía cansada, hinchada y sus ojeras llamaban la atención.

Marcel no estaba, afortunadamente. Francesca fue a la cocina a hacer café y me quedé solo con Giovanna. Me fijé en sus facciones, muy similares a las de su hermana, pero menos finas. Su silencio me preocupó.

-¿Cómo estás?

-Bueno... cansada.

Los dos suspiramos. Giovanna tenía dos años menos que Francesca, un marido imbécil y dos pares de gemelos: una crueldad. Sobre todo si se contrastaba con su hermana, sin ganas de depender de un hombre (ni de una mujer), y por supuesto, con un odio terminal hacia los niños.

Cuando era niño tenía mis aficiones particulares. Me gustaba adentrarme en los dominios secretos de mi padre y pasar largas horas oculto tras las cortinas observando como el dueño de todos aquellos estantes estaba quieto frente a su escritorio. El trabajo de mi padre no era lo que me fascinaba, sino el hecho de que no prestase la más mínima atención a los infinitos ejemplares de ediciones antiguas que descansaban a su espalda desde hacía muchos años. Yo mismo llegué a construirme una pequeña librería en la que guardaba papeles doblados que simulaban ser libros. Junto a ellos dejaba siempre mi espada y mi escudo de madera. Siempre creí que eran la fuente de todo saber, más que el colegio.

Cambié muchas veces de escuela. Una de ellas fue porque al jefe de correos se le antojó abrir un centro de docencia privado para conocidos y amigos. El tal señor era un caradura y, con el pretexto de proporcionarnos un rato de recreo, nos empleaba muchas horas en su huerto, arrancando hierbas y plantas sin descanso. Cuando los padres se enteraron, montaron en cólera. Entre unas cuantas familias adineradas, contrataron a un maestro joven que resultó enseñar bien e introdujo métodos modernos. Él me preparó para el ingreso en el instituto.

Yo era muy religioso. La Biblia me fascinaba. La leí entera con nueve años y conocía de memoria algunos fragmentos, al igual que los monjes. Sin embargo, todo aquello me producía una sensación extraña, entre miedo y risa, y al rezar siempre me dirigía a Dios, saltándome todos los santos, muchos de los cuales me parecían grotescos e infames. Ciertamente, las ideas eclesiásticas me resultaban un tanto medievales, incluso entonces comencé a comprobar que lo que llamaban casa de Dios era demasiado lujosa para como debió haber sido en un principio, pobre, como fue designado por sus primeros seguidores, y yo me planteé cambiarla.

V GALERÍAS CARIBEÑAS

Suena el teléfono y me levanto a cogerlo. La voz de mi tío Stephen se escucha, ronca, al otro lado de la línea. La misma sensación de júbilo que sentía en mi niñez al saber de él me recorre el cuerpo.

Cuando, siendo yo niño, se pronunciaba el nombre de tío Stephen, la alegría llenaba la casa. Para mí, el hermano de mi padre se asemejaba a un héroe, un gigante, un semi dios, siempre sonriente, apuesto y grato al narrar sus aventuras y desventuras por el mundo. Cuando Francesca lo conoció, lo definió de una manera perfecta: un vividor con clase. Mi tío Stephen residía en Glasgow y trabajaba como gestor de una galería de cierto prestigio y poca fama. El dinero que ganaba en el mercado negro le permitía vivir de las rentas más que de las de las obras amorfas y sin sentido que malvendía a la baja nobleza con engaños a cerca de su autoría (pues muchas veces las pintaba él mismo).

Un verano, en Edimburgo, conoció a una dama que vivía en el campo, hija de un hidalgo de buen apellido. Se prometieron. Lady Helen fue una novedad muy grata para mis abuelos. Era una mujer muy guapa, pero demasiado fina y enérgica para él. Durante las visitas de mi tío a Aberdeen, pasaban más tiempo en fiestas y de compras en la capital que en la realidad misma. Aún así, la soportaba, la complacía y la mimaba como a una princesita. Una vez cada cierto tiempo, la traía a pasar el día a Melrose. La recuerdo nítida, de buen gusto en el vestir, modales exquisitos y una alegría natural cuya frescura evadía del mundo a quien la contemplaba. Sin embargo, las visitas a la casa de sus futuros suegros agobiaban a mi tío Stephen que, aunque era tan sibarita como su novia, solo podía permanecer unos días a su lado antes de que lo abrasase con tanta luz y majestuosidad. Esa era la causa de sus breves y escasos encuentros. El resto del tiempo, pues la naturaleza de mi tío era inquieta, vivía con una joven llamada Anne. Sencilla, reservada y larguirucha. Stephen amaba a las dos. Cada una le aportaba una cosa diferente. Aunque Lady Helen lo sabía, no parecía importarle.

Muchas veces comprendí a mi tío mejor que nadie, y nunca me expliqué cómo no se decidía por Helen, culta, inteligente y saludable, mejor que por Anne, tímida y demasiado sosa, demasiado flaca, habida cuenta de que a mi tío le gustaban mucho las mujeres y siempre había tenido muy buen gusto para escogerlas. Vivió así muchos años, hasta que Lady Helen se presentó en su casa y le insistió en casarse cuanto antes. Stephen, como estaba embarazada y no quería desprestigiar a nadie, aceptó. Yo me alegré mucho, y fui testigo en su boda a pesar de ser un niño.

Stephen y Helen se casaron, mas siguieron viviendo igual, Helen con sus padres y Stephen en Glasgow. Anne, cansada de no ser la favorita, abandonó a mi tío. Tía Helen tuvo tres hijos mientras vivían separados, pero quería demasiado a Stephen para divorciarse. Una tarde, en Melrose, Jugando al Polo, Stephen cayó mal del caballo y perdió la movilidad en las piernas. Yo tenía doce años. Mi madre me dijo: <<reza>>, pero yo no supe qué oración tomar. Tía Helen lo cuidó y vivieron juntos desde entonces. Anne era una sombra, una amenaza oscura que se cernía lentamente sobre tía Helen, causando en ella una tristeza y una enemistad silenciosa e incomprensible. Su cuerpo no estaba allí, pero su nombre y su presencia irrumpían entre Helen y Stephen de forma constante.

Mi tío me hace una pregunta, con una alegría pícara dominando su timbre: << Oye, Alex, ¿sabes si tendrá buen resultado poner una galería de arte en el caribe, así, estilo Van Goh?>>.

Cuelgo el teléfono y, con lágrimas en los ojos, vuelvo la mirada hacia el Coliseo, grandioso y callado frente a la ventana del comedor. Tía Helen ha muerto y Stephen, tras enterrarla y llorarla lo justo, se va al caribe, a vivir con Anne, a quien acaba de confesar haber seguido viendo a escondidas durante todos estos años. Sus últimas palabras han sido: <<Ciao, sobrino, un beso a la tua molto bella Francesca>>.

VI HISTORIA DE LA FILOSOFÍA NATURAL (<<pues el hombre ha de acabar siendo natural para habitar plenamente el mundo>>, *Charlas Darwin*)

Las líneas de nuestros cuerpos desaparecen, se funden, en un amor intelectual que nos ha unido desde hace muchos años. El día que empezó todo, le dije:

-Francesca, ojalá te hubiera conocido antes.

Y ella me respondió:

-Dejemos de soñar lo que pudiera haber sido y disfrutemos de lo que ha podido ser.

Entonces, descubrí el sexo.

Ya me había planteado, de niño, cuando los mayores hacían manitas y, más tarde todo *aquello*, para qué servía la parafernalia en cuestión. Alguna vez descubrí a mis padres, o a mi tío (con sus damas varias, antes de casarse), mostrándose amor loco tras las puertas de sus alcobas cerradas. Pero por esos tiempos no se me ocurría plantearme si era amor loco o placer desmesurado. Todo el ambiente gris parecía llenarse de un cierto misterio carnal, un elixir prohibitivo. Y bien, ¿de qué servía todo aquello?, todos esos amores y caricias, susurros, suspiros, gemidos de eterna juventud interna.

Ciertamente, hasta que conocí a Francesca, me dio lo mismo. Una vez le planteé el tema a mi madre, sentado en su regazo y con un libro de *Charlas Darwin* abierto sobre mis piernas huesudas. Y ella, con la color demudada, me respondió: <<*Alexander aún eres muy pequeño para saber esas cosas*>>. Y debí ser pequeño siempre, pues nunca me las contó. Me dejó ir a jugar. Sin embargo, no me quedé con las ganas de saberlo. Sí imaginaba que era algo relacionado con el afecto, con el mimo, con el deseo incluso, pero yo nunca demostraba el cariño por medio del tacto, ni con palabrería dulzona, sino con acciones.

Y yo, el único de mi promoción que no había catado ninguna boca ajena, ni probado el delirio producido por un cuerpo femenino, fui el primero que caí, siendo ya obispo, en los brazos de una mujer. En los brazos de mi dama.

Y fui yo, el imperturbable, el incorruptible Alexander Scone, por aquel entonces obispo de Melrose, aquel que basaba sus argumentos en la lógica, y su actuación y su semblante en la tranquilidad, y su pensamiento lo bañaba en el sentido común más absoluto, el único que cambió de bando en la guerra eclesiástica contra el pecado, siendo casi general de las tropas cristianas contra el enemigo.

Pero nunca consideré censurable mi acción, en teoría prohibida. Comencé a vivir, a mis treinta y un años, habiendo ignorado durante toda mi juventud que las mujeres como tales existían, y pensé que para qué había que ser casto si el hombre, al fin y al cabo animal, está hecho para reproducirse y perpetuar la especie. Fui el único obispo que se atrevió a plantarle cara a la Iglesia y abandonar su diócesis por una mujer. Yo siempre le eché narices a todo, y mientras viva, se las seguiré echando.

VII CROQUETAS

Mi segundo hijo es estudiante de medicina. Bajo la ventana del comedor hay un bar, desde el cual se observa el Coliseo. Hoy es verano y de noche. La gente, sentada en la terraza y puestos los bolsos y chaquetas finas en las pocas sillas vacías, charla animadamente, las mujeres se abanicán y los hombres beben cervezas. Ambos sexos comen tapas con cierta ansiedad. Mientras tanto, Fabio, mi hijo, intenta memorizar un libro de cardiología mediante una lectura interminable que me resulta soporífera. Lógico es que le sea imposible concentrarse con tanto ruido. Se desespera e intento sonreír ante su impaciencia. Me mira con lágrimas en los ojos. Sale del salón y va al baño, donde encuentra un dispensador de jabón casi terminado, y vierte el liquidillo rosa por el fregadero. Antes de volver, lo llena de agua. Apaga la luz con mi permiso. Se asoma con discreción. Traza el ángulo correcto, y ¡ZÁS!, presiona el dosificador, de forma que el chorrito de agua se desintegra en el aire haciendo una parábola engañosa que parece proceder del tercer piso o del cuarto.

La gente piensa que llueve y, cogiendo sus objetos y consumiciones, se mete en el interior de la taberna. Fabio enciende la luz, continua entonces leyendo, y yo, bostezando, advierto como la gente, pasados a penas diez minutos, ocupa de nuevo sus posiciones al ver que el goteo cesa. Fabio, enfadado, repite lo mismo. Los clientes, esta vez, sí advierten la anormalidad del suceso. Miran. Algún listo dice:

-Sí, parece que viene del tercero o del cuarto piso.

Mi mujer entra y yo me empiezo a reír de lo absurdo de la situación. La cena está lista, pero antes tenemos aperitivo: croquetas.

De pequeño no me salían esas cosas tan bien como a mis hijos, pero puedo presumir de que las han heredado de mí. (Francesca era más directa). Cuando terminé la escuela, mi madre insistió en enviarme a Edimburgo con un primo suyo que era sacerdote para que estudiase el bachillerato en un colegio de curas. Y, de paso, familiarizarme con mi futuro, aunque no me lo dijo directamente. Comencé sacando buenas notas, todo sobresalientes menos matemáticas, que suspendía de vez en cuando. Me gustaban las letras, la literatura, la filosofía, la teología. Mi tío me llevaba con él al seminario todos los viernes por la tarde, para oír charlas y debates cristianos. Con el tiempo, me interesó y llegué incluso a coger algunas notas, primero en servilletas que robaba de las cocinas del colegio y, más adelante, en un cuaderno muy bonito que mi tío sacerdote me regaló al ver que me interesaba por esos asuntos. Pero yo no apuntaba las ideas que decían; eran todo dogmas y reafirmaciones sobre la nada misma que parecían sentir. A mí me interesaba lo absurdo de los monólogos de todos aquellos obispos y altos cargos de la jerarquía eclesiástica para elaborar mis silogismos y tesis y luego rebatirlas conmigo mismo. No podía hacer otra cosa. La que más me interesaba era la visión de un joven seminarista que me recordaba a Béquet, humilde y sencillo. Sus palabras eran simples y razonables, y callaba a las masas con un mísero argumento cuya lógica era indiscutible y su razón deslumbrante.

Adelantaré que, más tarde, fue mi opositor y no me porté demasiado bien. Hace años supe otra vez de él y somos buenos amigos. Su idea de la concepción de Dios era descabellada para la época, y mi tío no lo podía ver por introducir la filosofía platónica mezclada con la aristotélica en todos sus argumentos. Un resumen de su doctrina podría ser el siguiente: <<*Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza porque pensó en el pensamiento mismo (pues él es la causa motora de todo el movimiento natural del mundo, ``como el amante mueve al amado´´), y si Dios es pensamiento, Dios es razón. Y nos hizo a su imagen y semejanza, como ya se indicó. Es en eso en lo que nos diferenciamos de los animales: en que pensamos, razonamos. El cuerpo, sin embargo, es la impureza de la imitación racional que Dios pretendió hacer de sí mismo. Por ello, como material (pues se deshace), mutable (pues se transforma) y sometido al cambio y al movimiento (pues no es estático en sentido abstracto ni universal), nos desaparecemos del ser supremo (invisible, permanente, fijo en sí mismo), pues la materia introduce un factor de indeterminación que no hace a las sustancias corpóreas inteligibles ni racionales. Por eso se corromperá y buscará el placer que lo llevará a parecerse más a lo que él piensa divino, pero que es en el fondo pecado...>>.*

VIII ABSURDO

Francesca para de contarle el cuento al niño.

-Mamá, ¿y cómo termina?

Francesca me mira, acalorada. Nunca se le ha dado bien contar cuentos simples, ni infantiles. Yo no busco nada entonces para sacarla de su apuro; prefiero ver como se desenvuelve en artes ajenas a sus dominios políticos.

-Como tú quieras, hijo- le dice.

-¿Y cómo quiero que termine?

¡Digna respuesta de un Guiliani! Sonríe. Esas respuestas son típicas de la familia de mi mujer, pero a pesar de formularlas, nunca las responden.

Y ella concluye en un paciente suspiro:

-Todos se perdonan y son felices.

Le da un beso, apaga la luz y nos vamos. Pero, antes de cerrar la puerta, la voz del fantasma blanco que se revuelve entra las sábanas, nos detiene:

-¡Pero, mamá!, ¡eso es absurdo!

Y su madre argumenta:

-La vida entera es un absurdo, hijo.

Entorna la puerta en silencio y recibe uno de los tantos besos que le doy al día.

A medida que pasaban los meses de mi infancia, me recluía más tiempo en la biblioteca del seminario, integrando mi cuerpo en sus libros y paredes. Aún era más grande que la de mi padre. Durante ese tiempo, no solo me formé, sino que hice un repaso de la historia y sociedad europea como un plumero por un mueble. En verano volví a Argyl, con unas calificaciones impresionantes y un vacío enorme. La batalla de mis calificaciones estaba vencida, pasaría al curso siguiente con una beca, pero no había hecho amistad con nadie de mi generación, solo con mi admirado Bécquet moderno.

Ese verano empecé a ver a mis hermanas de un modo diferente. Intenté que entendieran la vida de otra manera, pero no me daba cuenta de que les interesaba más fijarse en los músculos del joven jardinero, quien de vez en cuando les regalaba una flor, que en su hermano casi adolescente que aspiraba a ser sacerdote. Esto lo asumí sin más, como si no hubiese para mí otro camino. Me iba introduciendo en un pozo negro en el que confié había lámparas dispuestas a ser encendidas. Mi error fue no llevar conmigo el aceite durante el camino.

IX SÁTIRA

-Señores, a lo largo de los años he llegado a una conclusión- habla la ministra Francesca di Giuliani. Yo, invitado por ella, la observo con detenimiento desde el palco superior-: el ser humano se queja mucho y hace poco.

Los diputados italianos, confundidos por la obviedad, parlotean descontrolados en voz baja. Mi mujer es demasiado respetada para ser interrumpida.

-¿Y qué pretende usted hacer con tal lógico razonamiento, señora di Giuliani?- arremete un diputado de la oposición.

-Con esto pretendo, señor mio, decir que el gobierno en este momento no necesita ni que lo insulten ni que lo inciten a defenderse de los ataques de las restantes fuerzas políticas, sino que lo aconsejen.

-¿Es que acaso no es capaz el señor Primer Ministro de organizar a sus rebaños?- insiste el anterior señalando al presidente del partido.

-No. De lo que no son capaces ustedes es de organizarse como es debido contra nosotros. Tal vez mostrando cierta ayuda a sus contrarios sabrían que ideales seguir.

-¿Qué sugiere, señora ministra?

-Que todos los que están en su palco- mira a su alrededor- y muchos de los que ocupan el mio, han perdido los valores por los que un día pisaron esta sala. Y es más, señor Tasarelli, si preguntásemos a cada uno de los miembros de este parlamento llegaríamos a la conclusión de que tanto los dirigentes de este país como los que aspiran a hacerlo son unos inútiles.

Risas.

-¿Se incluye usted en el ajo?

-Sí, yo también, al menos a juicio de esta cámara.

A partir de mi segundo año de bachillerato, la relación con mis compañeros empeoró. Ser más maduro y culto que ellos me terminó dando un aire de superioridad, de grandeza incluso. A menudo me veían como un oráculo que predecía las preguntas de los exámenes, proporcionaba apuntes bien tomados y garantizaba tener una buena relación con el profesorado al tener la capacidad de adivinar (más o menos) cuáles eran las preferencias de cada maestro. Pero lo que pensé admiración en un principio, pronto se transformó en un trato indigno, en una utilidad que le habían sacado al ``insociable`` del curso. A menudo se unían todos contra mí en el el recreo y me miraban mal al pasar junto a ellos por la calle. Nunca llegué a acoso. Nunca me insultaron. Pero de ellos aprendí que la peor tortura es la incertidumbre, el peor veneno, el silencio, y que la enemistad nace por voluntad de uno solo, y les odié. Odié por primera vez en mi vida. Cada uno, cada mísero niño tenía por mi parte una maquinación en su contra. Pero nunca se las decía.

Al verles, cada domingo, en la iglesia, peinados y vestidos de gala, comportándose como los mejores hijos del mundo frente a sus padres, no podía evitar hacerme la pregunta de por qué Dios admite en su seno a las malas personas, si él es bueno, por qué Dios deja que muchas mentes perversas se escondan tras su nombre y se valgan de sus creencias y doctrinas para ocultar la maldad que más adelante desplegarán ante el débil que confundió su malicia con libertad cristiana.

Mi tío no me hacía caso. Me recomendó, el par de veces que le mencioné el asunto, que me relacionase algo más con ellos y que me adaptase a los juegos y costumbres que tenían. Pero lo veía todo negro, pues la afición más pronunciada de los niños era fastidiarme en silencio, ¡y no iba a fastidiarme yo también para caerles mejor!

No sé si tuve suerte o no, pero a los pocos meses murió mi tío el sacerdote y me cambiaron de escuela, un internado donde había chicos de mi estilo: raros e intelectuales. Tuve suerte, ahora, al pensarlo, me doy cuenta. Uno de mis compañeros, con el que congenié divinamente desde el principio, fue Fabio Danieli, hijo de un barón italiano arruinado y de una escocesa muy guapa que lo visitaba cada lunes. Le debí caer bien, porque siempre que llegaba nos llamaba a los dos y comíamos juntos bombones de la mejor chocolatería de la ciudad.

Años más tarde, en el bautizo de la primera hija de mi amigo, conocería a la prima de su mujer: Francesca.

X ENTRE LAS SÁBANAS

Estoy solo en casa (peligroso para un hombre de mi edad). La gente pensará que tengo dos opciones: llamar a una explosiva señorita (cosa que nunca he hecho, ni pienso hacer), o sumirme en el recuerdo del pasado (cosa que estoy haciendo ahora mismo). Decido ir a dar un paseo y busco unos calcetines. No los encuentro. Abro el cajón de Francesca en busca de unos y ¡qué hallo! ¡Mis cartas! Las cartas que durante la guerra* le escribí incansablemente. No me puedo contener y las cojo. Ella, al dejarlas tan a la vista, también las ha descubierto hace poco, tal vez esta mañana. La primera: mi declaración de amor. Sonrío y, sin a penas darme cuenta, mis ojos se deslizan sobre las líneas. Mi caligrafía ha cambiado mucho.

<<Estimada Francesca,(...) Cuando me propusiste, durante la cena, crear lo que tú llamabas ``una herejía cristiana´´, me negué, incluso reprimí tu anticlericalismo, pero pronto fui consciente de que me encantaría. Sería un privilegio, una maravilla, dar vida a tal herejía, y propondría yo, antes de hacerla cristiana, hacerla amorosa...>>.

¡Cuánto tiempo! Incluso recuerdo la conversación:

<<-¿Y si creamos una herejía cristiana, eminencia?

-¿Herejía?, ¿a qué precio?

-¡A ninguno! ¡Es gratis!>>.

¡Ay, mi Francesca, mi genial Francesca!

Saboreaba yo una onza de chocolate negro mientras miraba las gotas de lluvia a través de la ventana, con la Biblia de mi madre en la mano. Me parecía que hacían el ridículo porque tras un vuelo espectacular, una caída libre desde el cielo infinito, se estampaban contra el suelo formando una salpicadura amarga. Pero qué iban a saber las gotas de agua del ridículo. El chocolate en cuestión lo habíamos robado, Fabio y yo, de las cocinas por la mañana. Nos gustaba demasiado aquel elixir pardo de sabor deleitoso. Sobre las ropas de cama de mi litera había dejado un libro muy antiguo de retórica, de páginas amarillentas y arrugadas. Lo aparté, guardé la Biblia bajo la cama y me tumbé. Apagué la lámpara con el sabor del cacao empañando mis sentidos y dejé caer los párpados. Yo pasaba por maduro a mis doce años, incluso me las daba de intelectual, pero por mucha retórica y mucha filosofía de la vida que me inventase seguía siendo tan niño como cualquier preadolescente masculino. Sentí un cosquilleo en una de mis piernas y di un brinco, asustado. No me atreví a encender la luz. Fabio no estaba y no tenía intención de despertar a ninguno de mis compañeros. Podría haber sido un simple calambre, pero tuve miedo, y volví a sentarme en la silla que tenía frente a la ventana tras arrancar bruscamente la manta del colchón, como si así evitase que el ``mal´´ que me había hecho cosquillas saliese de entre las sábanas. Me senté y, acurrucado, añoré los brazos de mi madre.

Entonces miré la cama, y la oscuridad que se derramaba bajo sus patas me atemorizó. A mi pensamiento acudieron en procesión diabólica todos los monstruos del Apocalipsis, el Anticristo, el Demonio, las representaciones en canecillos* románicos y las gárgolas góticas, que imaginé saliendo de las esquinas sin iluminar de la habitación, y que cobraban forma ante mis ojos delirantes. No lloré. Aparté la vista y me limité a dejar pasar las horas, hasta que el tímido amanecer entró tras un séquito de nubes y me dormí, ya casi habiendo formado una sólida amistad con mis temores. Esa noche vi que era débil, arrogante, un aspirante al fracaso, y no volví a mirar con soberbia a nadie, solo me dejé enseñar por el mundo y por los seres que de él formaban parte, sin juzgarlos ni en su ser ni en sus acciones. Yo no era más que un personajillo, un títere de mis defectos, insuficiente para hacerlo, aún.

Y quién me iba a decir que treinta años después, en vez de dormir con mis bestias bíblicas bajo el somier, compartiría el lecho con un delicioso monstruito italiano e impulsivo de denominación única: Francesca. Me pongo los calcetines. Abro la puerta y camino hacia Roma, hacia el Coliseo.

*II Guerra Mundial.

*Canecillos: Piezas de piedra que se colocan bajo la cornisa en las iglesias prerrománicas y románicas, y que tienen temática diversa: floral geométrica, animal, cotidiana, obscena, etc.

XI LA CARRETERA DE COMER TORTILLA

Las luces de las calles se encienden. Poco a poco el anochecer avanza. Un mercedes negro se detiene frente al portal y la vecina de al lado desciende del vehículo. El conductor también se baja, la besa y espera a que entre para desaparecer calle abajo. Oigo cerrarse una puerta y la voz cantarina de la mujer que saluda a su marido, un beso, una bofetada. Otra. Un grito. Comienza la vida normal y me asaltan las dudas: ¿me habrá sido infiel Francesca en todos estos años? De camino a la cocina me asomo a su despacho y la miro asustado mientras ella lee unos papeles del ministerio, tan concentrada como siempre. Cuando lleva las gafas puestas parece más intelectual aún de lo que ya es. En tiempos Francesca fue una seductora de principios morales muy firmes. Los hombres se volvían para mirarla por la calle, por sus andares, por sus sonrisas, por sus ojos azules y sus peinados elegantes y elaborados. Yo también caí en sus brujerías un poco santas.

Sin embargo, no creo que me haya engañado. Hoy me ha regalado un día feliz. Hemos ido al campo con nuestro hijo pequeño, Giorgio, de siete años. Lo tuvimos tarde, pero yo no lo llamaría un accidente. Simplemente surgió, como los demás, y me consuela pensar que cuando todos se independicen todavía podrá hacernos compañía durante unos años. Francesca, como siempre, ha llevado tortilla, así que no es extraño que el niño llame a la carretera que nos lleva a la casa que tenemos a las afueras de Roma la *``carretera de comer tortilla``*. Hace cuatro años que no repetíamos esa costumbre de ir al campo los domingos. Tengo muchos recuerdos. El mismo Giorgio, cuando tenía cuatro años, como siempre conducía Francesca y le debí dar pena, me comentó: *<<Papá, te voy a regalar un ``condu(z)co`` de palo>>*, un volante de madera, para que ayudase a su madre a llevar el automóvil. De mis hijos, es el que más se parece a mí.

Yo no tuve muchos días felices en mi infancia, y si tuviere alguno, no lo almacené en la memoria. Sí creo que, al escuchar el sonido del órgano por las tardes en la iglesia, me invadía una especie de euforia. Ni siquiera podría encontrar uno durante los veranos en casa. Estaba, es cierto, un poco frustrado, incluso obsesionado, por la felicidad. No conseguía encontrarla, y si lo hacía, no sabía mantenerla, pero ahora me doy cuenta de que es algo abstracto que se escabulle entre los dedos, y que la felicidad como tal, la felicidad eterna, es solo propia de Dios. La Iglesia, hoy día, ha caído en el error en el que estaba yo entonces, en la búsqueda incansable de esa felicidad que en realidad no existe. Hemos complicado tanto los sentimientos humanos, que ya no sabemos lo que significan. Hoy sé que la felicidad no se tiene ni se mantiene, pues no goza de pilares ni fundamentos, la felicidad tampoco es euforia, ni risa, ni juerga, ni desazón. La felicidad sería, en mi opinión, un sinónimo de libertad, y como esta no existe del todo, la otra tampoco convive plenamente con nuestro estado anímico.

Pero un niño no piensa en esas cosas. Un niño se preocupa de tener amigos, de jugar y reír, enfadarse, portarse mal y recibir azotes cuando es conveniente. Y yo también me llevé los míos en su día. En el fondo, me gustaban las travesuras: echarle sal en el café a mi padre cuando nadie me miraba, hacer la petaca a la criada de mi madre, ponerle la tortuga que teníamos a mi abuela en la almohada, etc.

Aunque, claro, quién iba a pensar que el *bueno* de Alexander era el que hacía todas las gamberradas posibles en secreto. Mi padre echaba la culpa a la cocinera y argumentaba que el café estaba revenido, la criada de mi madre acusaba a los cocheros de chincharla, mi abuela exclamaba: *<<¡Ya se volvió a escapar el bicho!>>* Y, en el fondo, yo les escuchaba con una sonrisa pícaro, disfrazada de bondad, esbozada en los labios.

XII FRANCESCA

Hoy no hablaré de mi infancia, sino de la de Francesca, de la que tantas cosas comento. No me suele contar muchas cosas de su pasado, solo cuando le pregunto. El otro día, estando con ella en un café de la Piazza Navona, comenzó un monólogo inesperado después de treinta y un años. Tenemos, por voluntad, la costumbre de quedar solos de vez en cuando, lejos de los niños y de nuestros trabajos (ella es ministra y yo profesor de literatura en la universidad), como dos amantes desconocidos que se reencuentran de vez en cuando. Así es como nos mantenemos en forma.

Me contó cosas que sabía por su hermana y sus padres, y cosas que no. Francesca nació en Parma, en 1917, un año turbulento. Su padre, romano, era un arquitecto de prestigio. Su madre, milanese, había sido modelo. A los dos años nació su hermana, Giovanna. Vivieron en Roma hasta que, en 1927, su padre fue llamado para restaurar un palacio en Galicia de mucha importancia, y abandonaron Italia. Un asunto que yo no sabía era por qué mi mujer tenía tan poca relación con su hermana. Giovanna era mala por naturaleza, no traviesa, sino perversa. Se portaba tan mal que su madre, cansada, la envió de vuelta a Italia y la internó. Sin embargo, pronto la echó de menos y se fue con ella a su país, quedándose Francesca en España con su padre. La madre de Francesca tuvo muchos amantes, todos ellos ricos y, muchos, nobles, y el hijo de uno de ellos, enamorado de Francesca, pidió su mano. Giovanna, la hija favorita, se acabó casando con él, el Conde Marcell.

Francesca y Giovanna tenían, no solo caracteres opuestos, sino físicos completamente dispares: Francesca era muy alta y estilizada, morena con los ojos azules, y Giovanna rubia, bajita y con los ojos castaños. Por mutuo consenso, a una cierta edad, dejaron de hablarse. Se llevaban demasiado mal para darse explicaciones de lo que hacían. Francesca, como yo, fue siempre la rarita de su clase, la ilustrada, la culta, la sabia. Si no hubiese sido guapa la hubiesen marginado. Yo, aún no siendo poco atractivo (sin connotaciones narcisistas, por supuesto), sí sufrí abandono por parte de mis compañeros. Francesca me conoció cuando tenía diecinueve años, pero ese episodio merece un capítulo entero. Yo tenía treinta y uno. Estalló la guerra y nos separamos. Yo ya no era obispo e íbamos a casarnos. Me nombraron capitán y viví mil calamidades que ya relataré.

Mi mujer fue una niña triste, fría, llena de complicaciones y enredos. Era un poco calculadora, le gustaba tener controlada a la gente de su entorno. Pero era más buena que el pan. Siempre lo fue. Tuvo varios prometidos, algunos amores, muchos amantes, tanto de niña como de joven.

Aquella tarde me contó algo más que yo no sabía. Le había prometido al que fue alcalde de Parma durante la Segunda Guerra Mundial que no lo haría, pero ya muerto el hombre, no tenía sentido callar. Durante la guerra, yo estuve recluido en Francia en diversos campos de concentración, y ella estuvo en su ciudad natal. Su tío paterno, Ettore, era amigo del alcalde y, viendo la situación precaria en Roma, consiguió que este y su madre la acogieran en su casa. Resultó que el alcalde se enamoró de mi entonces prometida y la persiguió insistentemente. Asta aquí conocía la historia. Lo que Francesca no me había dicho era que, durante esa estancia en Parma, el hombre, al que ella había querido en tiempos, pensó que tenía alguna oportunidad de reconquistarla y la llevó a numerosos bailes, fiestas, paseos en barca, museos, viajes, la intentó forzar unas cuantas veces, besar otras muchas... y en una de estas, ella, ni corta ni perezosa, le propinó un buen bofetón acompañado de una patada donde más nos duele a los hombres. Su tío, que la quería alcaldesa consorte, montó en cólera y la internó en un convento del Cister, donde una prima suya, hija del famoso tío Ettore y que estaba interna, la ayudó a mantener correspondencia secreta conmigo. Cuando Musolini cayó, Francesca pidió disculpas al alcalde y la madre del susodicho rogó la vuelta de mi mujer a su casa. Entonces, la comenzó a entrenar para ser su nuera. Francesca, divertida pero alerta, se dejó llevar. Fueron conocidos sus castigos a las criadas: las mandaba llamar, y ya estando asustadas las ordenaba llevar consigo una silla que colocaba en una sala vacía. Las hacía sentarse. Comenzaba mi señora a dar vueltas alrededor de la silla, simulando que pensaba a qué castigo someter a la acusada. El ver como las criadas se ponían nerviosísimas, e incluso comenzaban a

llorar del miedo, le hacía gracia. Era un poco cruel, mas en el fondo se trataba de una inocentada. Daba Francesca veinte vueltas, prolongando la agonía de sus víctimas, hasta que, de pronto, se detenía, abría la puerta y pronunciaba: *puede irse, pero no diga a nadie lo ocurrido en esta habitación*. Las criadas nunca decían nada en señal de agradecimiento, pero Francesca se ganó fama de sádica y malvada entre las familias adineradas. Yo, en cierto modo, me enamoré de su mente rebuscada, de su disfraz de acero, de su interior de chocolate.